

GRAECIA CAPTA, INTEGRADORA DE LA ROMANIDAD

por Domingo Plácido Suárez
Universidad Complutense de Madrid

Para referirse al proceso de integración del helenismo y la romanidad nada resulta más significativo que estas primeras palabras del título, de modo que, además, la exposición se inicia, de acuerdo con los mismos planteamientos horacianos, *in medias res*, en plena mitad del proceso que caracteriza las relaciones entre griegos y romanos.

Gracia capta ferum victorem cepit et artes intulit agresti Latio, los versos 156-157, de la Epístola II.1. de Horacio, resultan significativos por varios conceptos. La epístola misma, escrita en edad avanzada, está dedicada a Augusto, a petición del mismo emperador, que le reprochaba al poeta que no le hubiera dedicado ninguna, como lo había hecho con otros personajes de la corte y de su entorno.

Según Horacio, del mismo modo que Augusto, gobernante actual, ha sido sujeto de la *apothéosis* y no ha sido necesario que se transforme en una figura del pasado, también los poetas de las nuevas generaciones, impregnados de las tradiciones griegas, deberían ser objeto de veneración sin necesidad de que se conviertan en respetables personajes del pretérito.

En medio de esta argumentación, se encuentran los versos citados. La época de Augusto, a pesar de que se representa como la afirmación de Italia y de Occidente frente al Antonio orientalizante, adopta la flexibilidad suficiente como para convertirse en el momento de la sanción oficial de la influencia helénica sobre Roma y el Lacio. Ahora bien, tal influencia se ejerce desde una posición bien definida de inferioridad: *Graecia capta*. Sólo la Grecia derrotada puede ser capaz de capturar a su vencedor.

Sin embargo, los mismos latinos de la época augustea sabían que el fenómeno venía de antes. Las diferentes victorias sobre los griegos han representado desde muy pronto etapas en el proceso general de adaptación de la cultura helénica, en aspectos literarios y artísticos, principalmente. Al referirse a los acontecimientos del año 212, Livio (XXV, 40), como contraposición a la situación de Hispania, pone de relieve cómo Marcelo aumentó, no sólo su propia gloria, sino también la *maiestas* del pueblo romano, en sus campañas en Sicilia, y eso, entre otras cosas, porque se llevó a Roma los ornamentos de la ciudad, las estatuas y pinturas que abundaban en Siracusa. De ahí partió, según el historiador, el *initium mirandi Graecarum artium opera* y la justificación de la rapiña de tales obras, lo que no dejó de tener consecuencias negativas para los propios dioses romanos. Tales problemas se manifiestan en la polémica sobre las ventajas y desventajas de la helenización, considerada, en cualquiera de los casos, como resultado de la conquista.

Salvatore Settis, en su colaboración al volumen IV de la *Storia di Roma*, que se encuentra en curso de publicación en la editorial Einaudi¹, pone de relieve el carácter mecanicista de la relación establecida por los romanos entre conquista de Grecia y helenización. Posiblemente, con todo, no se trate sólo de eso, sino de una elaboración más compleja dirigida a crear un sistema ideológico que justifique un largo proceso de supeditación cultural, en un entramado histórico donde el imperialismo romano encuentra su escenario en relación directa con las modulaciones de un helenismo que se forma una imagen gratificante de su propia supeditación política.

En efecto, la historia de la helenización de Roma responde a un proceso complejo que parte de la época misma en que se configura una cultura medioitalica, cuyo desarrollo tiene repercusiones en varios ámbitos, en las formaciones mentales y en el mundo de lo imaginario.

Por un lado, las mismas tradiciones griegas, desde época arcaica, se hacen eco de viajes al Lacio en que la presencia de aqueos y de troyanos no resulta excluyente, sino, todo lo contrario, junto a Eneas aparece Odiseo y otros griegos de origen variado están presentes en distintas tradiciones, que, por otro lado, tienden a ser manipuladas en su paso por las versiones itálicas. Con todo, ya Helánico de Lesbos y Damastes de Sigeo se hacen eco de la presencia latina en Italia en una relación no conflictiva con los viajeros griegos. Seguramente, en el siglo V deja notar su influencia la actitud de ciertos sectores de las clases dominantes atenienses que pretenden dirigir sus esfuerzos intervencionistas hacia el occidente del Mediterráneo, lo que también se nota en las huellas dejadas por la cerámica ática en amplias zonas de esta parte de la ecúmene².

La tradición aristotélica parece inclinarse de manera exclusivista por la consideración de Roma como producto de la herencia griega. Según Plutarco, en la *Vida de Camilo*, 22, Heráclides del Ponto, llamaba a la ciudad del Tíber *pólis Hellenís*, ciudad griega, cuando era víctima de los ataques de los galos indentificados igualmente como hiperbóreos³. Para los griegos de la época de la expansión colonial y para los autores de época clásica representativos de la cultura ática, Roma no se encuentra en las mismas condiciones que los otros pueblos con los que entran en contacto en los diferentes momentos de su historia. Si, en principio la intervención puede ser comparable a la realizada en cualquier otro punto del Mediterráneo, la dominación cede pronto el paso a procesos integradores más complejos donde los latinos desempeñan un papel no siempre subordinado.

Los restos materiales, de manera coordinada, reflejan etapas paralelas. Si, de un modo genérico, cada vez se hallan más cerámicas micénicas en el Lacio, la cerámica arcaica se concentra de modo específico en Roma y, de forma especialmente significativa, en el Foro Boario, lugar que, desde tiempos muy remotos, adoptó el papel de centro de reunión y de integración de culturas, plaza para los intercambios terrestres y fluviales, punto donde los distintos pueblos activos entonces en el Mediterráneo entraban en contacto con fines económicos que, naturalmente, tenían proyección a los diferentes ámbitos de la civilización⁴.

La exportación de cerámica por parte de los griegos tenía como consecuencia, en un caso como el romano, donde la ciudad se desarrolla de modo paralelo, el nacimiento de criterios de identificación que podían servir por igual a unos y a otros para la construcción de un sistema ideológico gratificante. Desde el punto de vista de los griegos era tan positivo identificar a los romanos como griegos, como para los romanos integrarse en ese mundo crecientemente prestigioso.

1. S. Settis, «Un arte plurale. L'impero romano, i Greci e i posteri», *Storia di Roma*, I, Turin, Einaudi, 1989, p. 851.

2. S. Mazzarino, *Il pensiero storico classico*, Roma, Laterza, 1974 (4.ª ed.) I, pp. 205ss.

3. Síntesis en D. Musti, «I Greci e l'Italia», *Storia di Roma*, I, Turin, Einaudi, 1988, pp. 46-55

4. Ver F. Coarelli, *Il Foro Boario*, Roma, Quasar, 1988.

La identificación de un «mundo griego» mediterráneo con inclusión de los latinos encuentra un elemento de complejidad en la realidad etrusca helenizada desde antes, pero étnicamente identificable de manera más clara, hasta el punto de llegar a relacionarse, por los griegos, con pueblos de tradición prehelénica. Pero, tanto entre los romanos como entre los griegos, sobre todo aquellos que se hallaban en un contacto más directo con ellos, existe una tradición para la que los habitantes del Lacio eran etruscos y sintetizaban su identidad como resultado de la influencia de éstos. Así, Timeo de Taormina, inclinado a desprestigiar a los romanos, rechaza su identificación con los griegos y se inclina por la identificación etrusca. Pero la realidad que se encuentra detrás de todo esto es más compleja y rechaza cualquier identificación esquemática de las culturas. De hecho, la historia de Anquises y Eneas, fundamental para asentar las leyendas sobre los orígenes remotos de Roma, se halla presente tanto en la cerámica etrusca como en la ática del siglo VI⁵. La *Koiné* cultural era un hecho que permitía múltiples interpretaciones sesgadas según la inclinación de los intereses y las tendencias individuales o colectivas de los intérpretes de la tradición. Por ello, al mismo tiempo que una alternativa a la identificación helénica de Roma, la cultura etrusca representó una vía diferente de helenización, en los momentos en que su influencia fue mayor, precisamente coincidiendo con la urbanización del recinto de la *civitas*. Fue al parecer a través del etrusco Aplu como se introdujo el griego Apolo entre los romanos, hasta convertirse en divinidad identificada con la propia tradición, alternativa en ocasiones al dionisismo sustentado por algunos de los que mantenían una postura filohelénica.

Junto a la interpretación helénica de Roma por parte de los griegos, se desarrolla, pues, una tendencia a la identificación que parte de los romanos. Puede tener lugar a través de los etruscos, pero también de modo directo. En el momento de afirmación de la aristocracia romana representado por el conjunto de acontecimientos por el que se expulsó a los reyes etruscos y se derrotó a la Liga Latina, en la batalla del Lago Regilo, fueron vistos los Dióscuros, Cástor y Pólux que, tras ayudar a los romanos en la batalla, acudieron a abreviar sus caballos a la fuente Juturna, en el foro. Para la aristocracia romana triunfadora se convierte en un elemento de prestigio la aceptación de la influencia griega, representada ahora por los miembros de la caballería a los que se asimilan los *celerēs* romanos.

A partir de estos momentos se intensifica el proceso de identificación del panteón romano con la familia Olímpica griega⁶, sobre divinidades que, por sus rasgos, estaban en condiciones de experimentar la adaptación, a veces verdaderamente forzada, como la de Juno, interpretada como diosa de la *Iu-ventus*, traspuesta al papel de esposa del dios padre de los hombres y de los dioses, en este caso como *Iupiter*, más fácilmente asimilable. La época de intervención en la Magna Grecia y los contactos con Pirro favorecieron, naturalmente, los movimientos de asimilación y de sincretismos.

Cuando termina el siglo III, en Roma se halla definitivamente configurado el nuevo panteón, el papel de Apolo se consolida del todo y las acciones realizadas *Graeco ritu* se han impuesto frente a la superstición⁷. La celebración de los *Ludi Apollinares* fue ya indentificada con la religiosidad romana. Sin embargo, ya dentro del siglo II, como resultado del desarrollo paralelo de un tipo de helenismo que podría denominarse popular, los poderes establecidos decretan la prohibición de las Bacanales y la destrucción de los libros de Numa. Lo helénico está ya profundamente insertado en los conflictos internos de la sociedad romana sin que sea necesario identificarlo mecánicamente con un sector concreto de la misma. Los diferentes aspectos de la civilización griega desempeñan papeles

5. R. M. Ogilvie, *Early Rome and the Latins*, Glasgow, Fontana, 1976, pp. 33ss.

6. G. Dumézil, *La Religion romaine archaïque*, Paris, Payot, 1966, pp. 424ss.

7. Id., pp. 492ss.

variados según su naturaleza y las formas de penetración. El ejemplo más notorio de tal tipo de fenómeno sería la posible relación del dionisismo con la revuelta de Espartaco. Lo griego puede, pues, manifestarse como un fenómeno culto o como un fenómeno popular ligado al prestigio de las clases dominantes o a las aspiraciones de los oprimidos.

* * *

Naturalmente, la etapa fundamental del proceso de integración del mundo romano sobre la base de sus contactos con el helenismo, como fenómeno procedente del territorio conquistado, comenzó con la intervención en el Mediterráneo oriental. Junto a las aspiraciones conquistadoras del senado y del pueblo romano, resulta fundamental el papel desempeñado por las oligarquías de las ciudades griegas.

Para éstas, el momento histórico conocido como crisis de la polis se tradujo en la necesidad de buscar el apoyo de un poder personal, exterior, fuerte, que garantizara el cambio de las formas de explotación. Los monarcas macedónicos y sus inmediatos sucesores desempeñaron con éxito ese cometido, en una actuación donde se mezclaba la represión y la creación de expectativas de dominación externa. Sin embargo, muy pronto, en figuras como Antígono Monofthlmo o Demetrio Poliorcetes y, más tarde, con Filipo V de Macedonia, la capacidad de control demagógico en políticas salvadoras, soteriológicas, resultó peligrosa para las mismas oligarquías que las sustentaban. El rey o jefe militar se encuentran al borde de la tiranía, desde este punto de vista. El poder personal demagógico no sólo no consigue, sino que incluso dificulta el control de las multitudes.

Muy pronto, Roma comienza a definirse como una alternativa, capaz de desempeñar el mismo cometido, pero libre de los peligros del poder personal. Allí había un sistema que impedía la política demagógica de cualquiera que pretendiera apoyarse en las aspiraciones de la multitud para alzarse con un poder tiránico.

Polibio, historiador de este período y también definidor de los esquemas mentales dominantes en la etapa, percibió la realidad, le dio forma en la teoría y, al mismo tiempo, no dejó de notar sus contradicciones y riesgos. De Grecia parte una vez más la definición del nuevo papel de Roma.

Según Polibio (VI, 56), al margen de la fuerza que posee la República, el verdadero mérito se halla en su capacidad de control a través de la *deisidaimonía*, algo así como la imposición de un sistema ideológico coherente que facilitaba el dominio sobre las clases oprimidas por medio de la aceptación voluntaria de éstas. Algo más refinado que la simple superstición, aceptado como autocontrol por las masas.

El autor, sin embargo, comprende que todo está por naturaleza sometido al cambio, a la *metabolé* (VI, 57). Los cambios, desde luego, están vinculados a la presencia del *demos* y al peligro de que la libertad que éste puede obtener se convierte en *ochlokratía*, en dominio de la multitud. Polibio cree en la capacidad romana para el control, pero su fe no le impide pensar como historiador y percibir las transformaciones sociales que pueden producirse en la realidad, sobre todo cuando tales transformaciones pueden afectar a los intereses de su clase o a la de sus aliados romanos.

Santos Mazzarino, en su *Pensiero Storico Classico*⁸, ponía en relación estas reflexiones con algunos fenómenos reales de la historia pasada de Roma de los que se hace eco el mismo Polibio, sobre todo con la propuesta de reparto de tierras realizada por Cayo Flaminio en 233/2 (II, 21, 8) cuando los romanos conquistaron el *ager Picenus*. La demografía, explica Polibio, iba a conducir a la *diastrophé* del *demos*.

8. Cit., n. 2, II, 1, p. 135.

Roma, sin embargo, tenía la capacidad para controlar todo el mundo, toda la *ecúmene* (I, 2, 1-7), y ése es el motivo por el que su historia despierta el interés de Polibio. Se trata de averiguar cuáles son las características que la llevaron a tan rápido dominio de todo el mundo habitado. Las expectativas de Polibio lo llevan a teorizar la necesidad de un proceso ya realizado, favorable a sus intereses.

La Roma que de este modo controla el mundo se define, desde luego, como filohelena. El historiador pone el acento de modo intenso en los momentos en que la actuación de Flaminio se traduce en la declaración de la libertad de los griegos (XVIII, 44, 2-3). No sólo se presenta al romano como al verdadero amigo de los griegos frente al rey de Macedonia, sino que se insiste en su papel como árbitro de los problemas entre Filipo y las ciudades. Será Flaminio quien imponga a aquél la obligación de liberar a éstas. De este modo, lo griego se identifica y se aglutina gracias a Roma, frente a la monarquía macedónica que, como despótica y tiránica, vuelve a recibir la consideración de no griega, la misma que le atribuían a Filipo II los demócratas encabezados por Demóstenes, los mismos a quienes se oponían en aquellos tiempos las oligarquías que entonces solicitaban la acción del poder personal⁹.

Según Canfora, en el conjunto de la obra de Polibio, la configuración del contenido del libro V, donde hay constantes referencias de los reyes helenísticos, como despóticos en su forma concreta de actuación, retratados así a través de episodios precisos de la guerra y de sus modos de gobernar, es lo que explica la estructura más bien teórica del libro VI, que sirve para proporcionar un panorama general del desarrollo y formación del poder romano, aquél cuya naturaleza lo hace apto para derrotar y sustituir a las monarquías. La forma monárquica es propia también de Roma en sus orígenes¹⁰.

Ahora bien, aquí, la monarquía va a parar a la realeza, considerada como «buena», porque significa que ha triunfado el cálculo reflexivo, el *logismós* (VI, 6, 12). Se trata de la definición del modo personal de gobierno como fenómeno opuesto a la *dynasteia* o tiranía¹¹. Como heredero de la tradición representada por el pensamiento político griego, Polibio define los contenidos del poder personal según las relaciones con el entorno social. Si, por un lado, en Roma no existe el peligro de poder personal tiránico, sus formas de poder monárquico son susceptibles de ser asimiladas a sistemas aristocráticos, lo que, sin duda, facilitará la aceptación republicana de los sistemas políticos monárquicos en el desarrollo de la historia constitucional e ideológica de Roma.

A partir de la monarquía primitiva, con todo, cabe el paso hacia la tiranía (VI, 7). Ahora bien, en Roma, la tiranía provoca la inmediata reacción de los mejores, así como el apoyo de las masas a las aristocracias (VI, 8). La consecuencia que puede extraerse de todas las reflexiones contenidas en el libro VI de Polibio se sintetiza en la consideración de que el historiador ha adaptado la teoría política griega, consolidada en el siglo IV como instrumento para la contención del sistema de explotación que tiende a afirmarse entonces, el de la sustitución de la esclavitud mercancía por la explotación de las masas libres de forma colectiva o de los grupos urbanos de modo particular, a la presencia romana que así se identifica como el motor que produce el nuevo sistema político adecuado, tras el fracaso de las monarquías macedónicas y helenísticas en general.

La definición simplificada consistiría en el régimen aristocrático con capacidad de controlar material o ideológicamente a las multitudes, donde cabe la realeza como poder

9. Sobre Flaminio, recientemente, A. E. Samuel, *The Promise of the West. The Greek World, Rome and Judaism*, Londres, Routledge, 1988, p. 209

10. L. Canfora, *Una società premoderna. Lavoro, Morale, Scrittura in Grecia*, Bari Dedalo, 1989, 73ss.

11. L. Troiani, «Il funzionamento dello Stato ellenistico e dello Stato romano nel V o nel VI libro delle 'Storie' di Polibio,» en *Ricerche di Storiografia greca di età romana*, Pisa, Giardini, 1974, pp. 9-19.

personal no tiránico, lo que, para esa misma tradición, significa que no busca el apoyo en las masas. La realeza buena no es incompatible con la aristocracia. Lo ideal es que la aristocracia se encuentra apoyada por el pueblo en oposición al tirano, lo que en la Roma triunfante se consigue con la *deisidaimonía*.

* * *

Para Posidonio, ya en el siglo I, cuando el poder romano en el Mediterráneo oriental ha definido claramente sus objetivos y se encuentra en vías de franca consolidación, Roma se representa en el papel de árbitro del mundo bajo la conducción del senado, que actúa a través de figuras como Escipión Africano cuando arreglaba los asuntos en Alejandría, de acuerdo con el relato de Diodoro (XXXII, 28B)¹². La actitud adecuada por parte de los griegos, según la visión de Posidonio que se desprende de los textos, es la aceptación de la hegemonía porque, en ella, se transmite la actitud de *philia* mostrada por los romanos. La característica general de la actitud romana es la del enfrentamiento al *ochlos*, a la multitud. Tal es la reflexión que se hace el autor en texto recogido también por Diodoro (XXXIV/XXXV, 33, 7 = Posidonio, *FGHist*, 87F, 112).

En este último texto, tales reflexiones vienen a propósito del acontecimiento relacionado con los problemas internos de la ciudad creados por los Graco. También para Posidonio, la realidad romana encierra sus contradicciones. La capacidad de control tiene un contrapunto representado por figuras como las de los hermanos Graco, en que las aspiraciones al poder personal vuelven a hallarse relacionadas con el descontrol de las masas. Son de nuevo los parámetros que definen las tiranías que, para ganarse su apoyo, favorecen la liberación del campesino. En el lado opuesto es donde se hallarían las ventajas del sistema romano.

La clave de la paradoja hay que buscarla en otras referencias del mismo autor. El argumento podría sintetizarse en estas palabras: Roma está en condiciones de controlar a la multitud, pero su sistema está basado en formas esclavistas dependientes del mercado y la captura, en la esclavitud mercancía, que crea problemas y lleva a la adopción de medidas favorables a la multitud. Al tratar de la revuelta de esclavos, Posidonio, a través de Diodoro, se muestra comprensivo, porque atribuye a los romanos la responsabilidad de que los esclavos se encuentren en tal situación. A través de Posidonio llega a Roma, según Canfora¹³, el pensamiento aristocrático griego, no partidario de la esclavitud mercancía sino de la reproducción del sistema hilótico sin violencias. Es el pensamiento que se sublima en la *República* platónica en la clase de los productores.

La esclavitud en la zona oriental del imperio, cuando éste se encuentra todavía en formación, representa un problema grave para la navegación, porque favorece la piratería que infectaba las costas de Asia Menor y las islas e interfería los tráficos, sin duda, en una cierta contradicción, porque precisamente los tráficos se veían especialmente intensificados en el tráfico de esclavos. Roma misma representaba esa contradicción, precisamente porque su papel se veía como el del motor de la integración de mundos diversos en que cabían diferentes modos de producción. Para los griegos, sin embargo, el comercio de esclavos en la zona llegó a ser un peligro concreto, del que se hace eco Estrabón (XIV, 5, 2), cuando se queja de que Roma no haya puesto fin a la piratería. El autor del texto sabe que eso se debe a que la misma Roma se aprovechaba de ella para el aprovisionamiento de sus esclavos¹⁴.

* * *

12. P. Desideri, «L'interpretazione dell'impero romano in Posidonio», *RIL*, 106, 1972, 481-493.

13. Canfora, *cit.*, pp. 124-7.

14. *Id.*, pp. 27ss.

Dionisio de Halicarnaso, escritor que en la época de formación del imperio fue el autor de una *Historia Antigua de Roma*¹⁵, recupera de manera intensa la consideración de Roma como ciudad griega. Su propósito se define como el de hacer la realidad romana aceptable para los griegos conquistados. La conquista no ha significado más que la hegemonía de una ciudad griega sobre otras. De acuerdo con ello, se exalta el aspecto helenizante de la figura de Augusto, al darle a los orígenes de Roma, sobre los que Augusto sustenta su restauración, una imagen completamente griega, en clara oposición a las versiones etruscas sobre los primeros tiempos de Roma.

En Dionisio se sintetizan, en un sola imagen ideológicamente configurada, los elementos del programa augusteo, desde la perspectiva de la parte oriental del Mediterráneo. Desde aquí se ha trasladado a occidente la hegemonía. Roma culmina el proceso de desarrollo alternativo de los diversos imperios, pues, desde un lugar exterior a los centros tradicionales, se encuentra en condiciones de venir a superponerse a la antigua tradición y a superar, de este modo, la diversidad. Roma se hace así unificadora del mundo enfrentado por los conflictos.

Por otro lado, resume la preocupación por los orígenes propios del sistema augusteo. Pero, al proponer la aceptación voluntaria del dominio romano sobre la base de su helenismo originario, convierte los orígenes de Roma en sustento ideológico de la ecúmene y el *dies natalis urbis* en conmemoración imperial. La tradición que integraba lo romano en el mundo griego se transforma en concepto pleno para que el nuevo mundo se integre como romano, en tanto en cuanto ese origen griego se transforme en la clave de la unidad del mundo conocido.

También desde el punto de vista de Dionisio, el desarrollo de las relaciones sociales en Roma es portador de algunos problemas, que el historiador no se plantea como tales, sino a través de la retórica del discurso puesto en boca de algunos de sus personajes. Filipo V de Macedonia alababa a Roma porque, al liberar a los esclavos, los transformaba en ciudadanos. Evidentemente, desde el punto de vista de la oligarquía griega, éste sería, por el contrario, uno de los problemas que llevaría consigo la generalización del derecho romano. El ciudadano recuperaría los privilegios que han desaparecido con el fin de la ciudad estado, para lo que precisamente ha resultado útil la realeza macedónica.

Dionisio de Halicarnaso plantea el problema en boca de algunos personajes de la historia primitiva de Roma. En el libro IV, 23ss, Servio Tulio admite lo positivo de las medidas favorables a la manumisión. Ahora bien, de acuerdo con el rey, este hecho no debería llevar consigo la concesión de la ciudadanía, pues con ello se impediría el aumento de las clientelas. La definición del sistema vendría a ser la del que facilita la desaparición de la esclavitud mercancía a favor de otra forma de dependencia definida en este caso como clientela identificable con la primitiva Roma, pero también con las formas que se hacen dominantes a partir de la crisis de la *polis*, necesitadas ahora del apoyo romano para su reproducción. La imagen de Roma, superpuesta favorablemente sobre el mundo griego, sigue escondiendo otro problema representado por el encuentro entre formas de dependencia.

* * *

El pensamiento griego de época helenística no resulta en general favorable a apoyar la esclavitud mercancía. Sin embargo, no sólo es el pensamiento que se introduce en Roma a finales de la República y se transforma, como el arte, en factor de prestigio para su clase dominante, sino que se convierte en el punto de apoyo de la formación ideológica del principado. El concepto ciceroniano del *Princeps* revela un origen estoico, que a su

15. Según la traducción de BCG.

vez se ha llegado a elaborar, con cambios, a partir del platonismo¹⁶. Tal es el vehículo por el que la tradición republicana acepta al monarca, identificado con el rey estoico en un proceso paralelo al que traslada a Roma, desde Atenas, la imagen del Olimpo sobre la tierra, en la obra de la poetisa Melinno dedicada a Roma¹⁷. La imagen de Roma como cabeza y del emperador como monarca aceptable representan las partes aparentemente heterogéneas de un proceso ideológico que configura la imagen integradora del imperio.

Sin embargo, junto a la transformación del rey estoico en la aceptación de la figura de Augusto como *princeps* ciceroniano, se encuentra otra transformación procedente de los problemas a que se enfrenta la oligarquía griega ante el hecho predominante de la esclavitud mercancía. El rechazo de ésta se transforma ahora en defensa de la transformación del esclavo en liberto. El sistema ideológico griego había apoyado las transformaciones de sus propios modos de dependencia en la afirmación de la igualdad natural de los hombres, presente en algunos sofistas, cínicos y estoicos. Aquí cobra fuerza la mayor capacidad de definición, dentro del proceso de transformación del mundo helenístico. Sea cual fuere la procedencia y el estatus, se pueden desempeñar funciones productivas.

El pensamiento romano adapta tales criterios a la defensa del liberto, como modo de reproducir el sistema de la esclavitud a partir de los momentos críticos representados por las revueltas de los siglos II y I antes de Cristo. El esclavo es igual que el libre y puede convertirse en liberto y ciudadano. El sistema ideológico griego se adapta a las necesidades del sistema de explotación romano, dinámicamente considerado a partir de la lucha de clases, y no como adaptación mecanicista del mismo pensamiento, como quiere Dumont, autor de un libro reciente sobre la esclavitud en época republicana titulado *Servus*¹⁸, que parece creerse la buena voluntad de los teóricos en una y otra época, como manifestaciones intelectuales al margen de la historia.

Bien es verdad que esta misma adaptación, sobre todo en su manifestación estoica, permitió la manipulación ideológica, que aceptaría los nuevos sistemas de dependencia no esclavista que, a lo largo del imperio, se generalizarían en el mundo romano, y que desembocaron en el colonato. Ahora bien, este papel correspondió fundamentalmente al aspecto del estoicismo que tomó forma en el cristianismo, pues su expansión no es más que una parte de la helenización del imperio, cuando se trataba de fundamentar ideológicamente las nuevas formas de dependencia.

* * *

A lo largo del imperio el pensamiento griego no cesa de elaborar sistemas y teorías que sirvieran para las distintas formas de integración de acuerdo con los diferentes momentos históricos. Plutarco colaboró a estrechar los paralelismos entre griegos y romanos, pero también a adecuar las formas de actuación política griegas a las realidades del imperio. Sus *Consejos políticos*, dedicados a impedir que las oligarquías griegas creyesen en el espejismo de hallarse todavía en tiempos de Pericles, vienen a constituirse en una teoría de la vida política municipal, válida, en cierta medida, para todo el imperio: la oligarquía debe limitarse a decretar la erección de monumentos y las acciones evergéticas.

También para Elio Arístides, entre las ventajas del dominio en Roma se encuentra la de que, así, el ciudadano griego no necesita ocuparse de política. La política romana

16. Samuel, *cit. passim*.

17. *Anth. Lyr. Gr.*, Diehl, II, 315-6. Ver C. M. Bowra, Melinno's Hymn to Rome, *JRS*, 47, 1957, 21-28.

18. J. C. Dumont, *Servus. Rome et l'esclavage sous la République*, Paris, Ec. fr. de Roma, 1987.

garantiza la estabilidad, por lo que no hay que echar de menos el control directo por parte del ciudadano. La Romanidad en su obra queda además definida como fenómeno integrador de lo griego y lo romano en un mundo en que sólo preocupa al oligarca la vida municipal.

Dion Casio, que escribió la *Historia de Roma* desde la perspectiva de un griego de Bitinia de época severiana, en los discursos programáticos que, según una tradición tucidídea, pone enfrentados en boca de los principales personajes de cada momento, proyecta un sistema de control propio de una sociedad no esclavista. El tema dominante en su perspectiva social está constituido por el miedo al *ochlos*, o la multitud ciudadana, por la preocupación ante la liberación de los esclavos que aumenta la masa urbana incontrolable, caldo de cultivo para el desarrollo del bandidaje. De este modo, desde la parte imperial de tradición griega, se ponen los elementos básicos para crear una teoría del imperio tardío, que afectará a todo su territorio. El mundo de los *clarissimi*, más que el del *ordo Senatorius*, es el aquí reflejado, cuando trata de darse consistencia a sí mismo frente a la plebe creciente en un momento de crisis del sistema esclavista, cuando tienden a crearse nuevas estructuras sociales.

No es extraño que la perspectiva de la clase a la que pertenece Dion se oriente cada vez más frecuentemente hacia el cristianismo, donde hallará el marco adecuado para que la nueva organización de las relaciones entre los hombres se acomode en el contexto ideológico más eficaz para hallar el consenso que los aglutine.

En resumen, desde una cierta perspectiva, a lo largo de las relaciones entre Grecia y Roma, en la primera se van hallando los elementos ideológicos que sirven para configurar la identidad de la segunda en cada una de sus etapas históricas. En principio, Roma aparece como una parte del mundo colonial mediterráneo y en él halla sus primeras señas de identidad para ser cualificada a escala «internacional». Más tarde, los procesos de adaptación de la aristocracia romana al mundo formal helenístico crean lo que, desde un cierto punto de vista, podría denominarse la Roma helenística. Aquí, de todos modos, las formas artísticas nunca dejaron de contener una realidad romana del mismo modo que la introducción de las teorías de origen griego, que ya han experimentado una adaptación a las formas sociales helenísticas, en la crisis de la *polis*, se adaptan de nuevo a las realidades esclavistas romanas.

Paralelamente, las oligarquías griegas se forjan una imagen de Roma como liberadora y filohelena, según se va poniendo de manifiesto que, a pesar de las diferencias internas en la estructura social, sólo en ella puede ahora hallarse la garantía para el control de las masas. Si tal papel parece relacionarse con su carencia de poder personal, las interpretaciones textuales van revelando que éste, en sí mismo, no representa un obstáculo teórico, cuando se produce la adecuación de la figura estoica de la realeza y se elaboran las teorías que la distinguen, cuando es «buena», de la tiranía.

Las aspiraciones internas de la oligarquía quedan atendidas por la presencia romana. La integración, sin embargo, revela algunas contradicciones, pues, en la dinámica evolutiva de una y de otra, se enfrentan formas dominantes de explotación divergentes. El programa griego del liberto no ciudadano, creador de dependencias que, en el plano de las identificaciones, aparecen como la propia de la clientela, como configuración teórica griega, creadora de una alternativa a la esclavitud «mercancía», se transforma en Roma en la teoría del liberto como alternativa esclavista. Lo que aparece como forma sustitutiva de la esclavitud se convierte en modo de perpetuarla, al crear, en ambos casos, la ilusión imaginaria de la igualdad natural entre los hombres.

Por otro lado, aparece en la perspectiva griega como la entidad integradora de un sistema, que permite a los oligarcas no ocuparse de política y transformar las carencias

propias de la realeza en virtud positiva. Con ello, la *demokratía* pasa a definirse como el buen gobierno del emperador, que conserva las estructuras sociales.

Entre las características del sistema imperial se halla sin duda, su adaptabilidad, su capacidad para convertirse en centro integrador de un mundo variado, organizado por Roma, asentado en una base ideológica compleja, de origen griego, pero sometida a un proceso de transformación que, como ideológica, mantiene relaciones con otro tipo de transformaciones: las que llevan del esclavismo a la servidumbre colectiva.

El contraste entre que el liberto sea o no ciudadano pasa a convertirse en el marco donde se desarrollan las formas de dependencia de la Roma imperial dinámicamente integradas en formas ideológicas de origen griego. La integración geográfica y la integración social se traducen en la consideración de la ecúmene como unidad de la humanidad, del género humano como igualitario por naturaleza, para configurar las bases de sistemas de dependencia no esclavistas en que deja de ser necesario que unos se consideren bárbaros esclavizables y otros no. Así, todos pueden considerarse iguales en las nuevas formas de dependencia. Del aristotelismo en que tardíamente se afirmaba el carácter naturalmente esclavo del bárbaro, al estoicismo y al cristianismo, todo ello, en su conjunto en evolución, constituyen los fundamentos integradores, en el plano ideológico, de la Romanidad.